

MONSÓ, Susana. *La Zarigüeya de Schrödinger*, Madrid, Plaza y Valdés, 2021. 260 pp. ISBN: 978-84-17121-38-9

A comienzos de la década pasada, los primatólogos James Anderson, Alasdair Guillies y Louise Lock estaban observando un grupo de chimpancés cuando detectaron una serie de comportamientos interesantes. Estos investigadores identificaron que los chimpancés habían manifestado ciertas reacciones similares a las humanas en su respuesta ante la muerte de una de sus compañeras: vigilia, sueño, frustración, etc. Tales reflexiones dieron lugar a una nueva disciplina científica, la tanatología comparada. Esta disciplina investiga y compara las distintas reacciones de especies no-humanas ante la muerte (como su etimología indica, ya que Thanatos fue la personificación de la muerte en la mitología griega). Su carácter novedoso hace presente la necesidad de dotar de un corpus conceptual a la disciplina, un esqueleto que le permita avanzar entre sus distintas propuestas.

La obra de Susana Monsó se sitúa precisamente en este punto: por un lado, siguiendo a Anderson y a sus colegas, analiza las ideas que fundamentan esta nueva disciplina; por otro, trata de construir unos cimientos sobre los que continuar edificándola. Desde sus primeras páginas, el mensaje está claro: la cognición animal con respecto a la muerte es un objeto de estudio relevante en sí. Por lo tanto, su investigación es un fin en sí mismo, y no únicamente un medio de investigación indirecto de la cognición humana. La tanatología comparada debe tener en cuenta, sobre esta base, tanto ese interés genuino por el comportamiento animal, como los principios, sesgos y conceptos que pueden encontrarse en sus propuestas. Por esta razón, el trabajo de Monsó aborda desde sus primeras páginas tanto los principios y los objetivos por los que se rige, como las precauciones que ha tomado a la hora de investigarlos.

Esta estructura se enriquece por un estilo claro, cercano y desenfadado. Títulos como «la hormiga que asistió a su propio entierro», o «el perro que confundió a su humano con un tentempié», indican que Monsó no pretende mantener un tono en exceso academicista que fácilmente podría desinteresar al público lego en esta materia. No obstante, esta apuesta por la cercanía comunicativa no va en detrimento de la rigurosidad de sus argumentos. Es más, su trabajo revela una sólida línea de investigación filosófica; a saber, que algunas especies animales presentan no pocas actitudes cognitivas, por el contrario, poseen las suficientes como para poder desarrollar un concepto mínimo de muerte.

El objetivo de la investigación de Monsó consiste en la demostración de esta tesis. Para ello, en primer lugar, expone algunas de las definiciones básicas sobre las que desarrolla su argumentación. Por esta razón, clasifica inicialmente dos tipos de conductas animales: las estereotípicas (rígidas,

ligadas a estímulos sensoriales concretos) y las cognitivas (flexibles, sin un vínculo con un estímulo en particular). Tomando el ejemplo propuesto por Monsó, la respuesta constante de las hormigas a la excreción de ácido oleico de una compañera muerta con su «entierro» (la llamada necroforesis) no implica necesariamente una conducta cognitiva, pero sí una conducta estereotípica. Esta diferenciación se puede comprobar experimentalmente, por ejemplo, al eliminar el olor de dicho ácido oleico, lo que resulta en una falta de respuesta por parte de las compañeras. Sin embargo, si frente a un mismo estímulo surgen reacciones distintas, flexibles, variadas, estaremos ante una conducta cognitiva. No obstante, la pregunta que plantea Monsó no se reduce a si los animales poseen o no conductas cognitivas; en este sentido, Monsó considera que ha sido demostrado que muchas especies, no sólo los chimpancés, presentan este tipo de conductas. No, su pregunta se dirige hacia la cuestión de si existe algo que podamos entender como el concepto de muerte en otras especies.

Monsó, consciente de los problemas teóricos que puede presentar su investigación, analiza algunos de aquellos sesgos que puedan privarla de un análisis científico. Por esta razón, menciona no solo el conocido sesgo antropomorfista, sino también dos de sus contrapartes: la antropometría (la negación de una característica típica del ser humano a cualquier otro animal solamente por el hecho de no ser humano) y el antropocentrismo (la tendencia a pensar que los humanos somos lo más importante, en general). Una vez localizados los principales problemas con los que se puede encontrar en su investigación, Monsó establece un criterio mediante el que determinar si los animales no humanos poseen o no un concepto de muerte. Para ello entrelaza dos ingeniosas ideas: el concepto mínimo de muerte y la santísima trinidad de la muerte.

La primera se basa en la premisa de que, si no queremos caer en postulados antropocéntricos, debemos entender que existen otras formas de comprender la muerte. Monsó rechaza la complejidad del concepto de la muerte que establece Virginia Slaughter sobre siete factores aplicables en niños (que, de poseerlos, hablaríamos de un concepto de muerte) para su análisis animal, ya que implican una premisa humana. De los siete ella se queda únicamente tres: cierto grado de constancia en la identificación de un cadáver, la no-funcionalidad y la irreversibilidad. Estos elementos componen el concepto mínimo de la muerte: una serie de características que, de ser identificadas empíricamente de entre los sujetos de una especie, indican que su actividad está determinada por algo similar a un concepto de muerte.

En esta parte de la obra es posible criticar a Monsó por la ausencia de una definición clara de aquello a lo que denomina «concepto». Sin embargo, atendiendo a sus objetivos, la discusión del libro no se centra, en general, en

la teoría de la mente ni, en particular, en la teoría del concepto. Es por ello que, a pesar de que es de interés profundizar en estos temas en relación a los conceptos en animales, la línea de investigación semántico-inferencialista en la que se apoya la propuesta de Monsó es suficiente para apuntar a su objetivo: demostrar que algunos animales cuentan con ciertas habilidades cognitivas, entre las que se encuentra la de identificar a un sujeto de su especie muerto.

La segunda idea que desarrolla Monsó es la santísima trinidad de la muerte. Sus tres integrantes son: la cognición, la experiencia y la emoción; esto es, las condiciones necesarias bajo las que aparece el concepto mínimo de muerte. Para empezar, es necesario un cierto nivel de capacidad cognitiva, es decir, de flexibilidad en la respuesta dada ante diferentes estímulos. En segundo lugar, la experiencia que, mediante el aprendizaje, ayuda a discernir sujetos muertos de aquellos que no lo están. Por último, es necesario que las diferentes respuestas dadas antes los estímulos y acumuladas a lo largo de una vida se sellen definitivamente en los agentes. La emoción modula las experiencias de los agentes de forma que queden grabadas en su manera de enfrentarse al entorno. Por esta razón, animales como los elefantes son candidatos perfectos a este puesto. Su memoria y su inteligencia, su habilidad en el uso de herramientas, sus habilidades numéricas o su capacidad de cooperación son solo algunos ejemplos de habilidades cognitivas; finalmente, la experiencia resultante de su longevidad, así como la fuerte vinculación emocional que desarrollan con sus crías, hacen de ellos los candidatos perfectos para poseer el concepto mínimo de muerte.

El argumento más fuerte que presenta la autora —y el que da lugar al título— se despliega en su séptimo capítulo. Para ello, Monsó recurre a la zarigüeya, que toma un papel protagonista en la parte final del libro por su particular forma de reaccionar ante los depredadores. Cuando la zarigüeya se siente en peligro forma una imagen externa de lo más particular: se paraliza, sus ojos y su boca parecen petrificados, reduce todas sus funciones al mínimo, sus glándulas anales huelen a podrido y su lengua adquiere un tono azulado. La zarigüeya está viva y muerta a un mismo tiempo (como en la famosa paradoja de Schrödinger) porque, si bien se encuentra viva biológicamente, representa la forma externa de lo muerto para aquel que sepa identificarla. Aquí estriba el argumento fuerte de Monsó: mientras que podría razonarse que la zarigüeya actúa siguiendo una serie de patrones estereotípicos, no podría decirse lo mismo de sus depredadores, cuyo comportamiento ante la muerte se ha desarrollado a lo largo de una historia evolutiva como consecuencia de la presión selectiva. El ejemplo de la zarigüeya expresa la necesidad de que sus depredadores posean un concepto, por lo menos mínimo, de muerte ¿Por qué? Para eso será necesario adentrarse entre sus páginas.

Y es que, como concluye Monsó, durante milenios el ser humano se ha

creído la única especie con conciencia de la mortalidad. En el transcurso de este libro, no obstante, el lector sospechará inevitablemente sobre la validez de tal argumento. En definitiva, Monsó combina algunas propuestas filosóficas con numerosas (e interesantes) observaciones realizadas en etología y psicología comparada para articular así un libro accesible que merece la atención tanto de un público lego como de uno especializado. Entre sus páginas, uno acompaña en el duelo a una madre chimpancé y se asombrará ante las maravillosas facultades de los grandes mamíferos marinos. Además, en esta obra se halla implícita una invitación a la reflexión acerca de nuestra propia mortalidad y sus diversas implicaciones. En pocas palabras, *La Zarigüeya* de Schrödinger, de Susana Monsó, supone un ejercicio de rigor teórico y claridad de exposición que lleva consigo el tipo de propuestas novedosas que necesita la filosofía contemporánea.

MIGUEL BORRAJO REINALDO

NÜHLEN, Maria, *Philosophinnen der griechischen Antike. Eine Spurensuche*. Wiesbaden: Springer, 2021, 404pp. ISBN: 978-3-658-34133-6.

En esta obra muy completa, documentada y muy bien estructurada, Maria Nühlen, Profesora Emérita de la Universidad de Merseburg (Alemania), nos ofrece una seria investigación sobre la presencia de la mujer en la vida filosófica de la antigüedad griega. Acostumbrados a oír hablar de los grandes «filósofos griegos», la relevancia de las 39 filósofas de la antigüedad griega, que tuvieron una actividad filosófica notable, es incuestionable, si bien es cierto que 38 de ellas, no eran originarias de la Atenas de la época clásica, sino de otras regiones culturales de la Gran Grecia. Al presentarnos este elenco de mujeres filósofas la autora trata de demostrar que en la antigua Grecia muchos ciudadanos y ciudadanas tenían acceso a la educación, y que algunas de ellas llegaron a ser filósofas, aunque desgraciadamente solo se hayan conservado en estado fragmentario algunos de sus escritos. La historia de la filosofía Occidental debería comenzar, como señala la autora, con la exhortación de Phemónoe, la Pitia del Santuario de Apolo en Delfos a la que se le atribuye la famosa máxima: «conócete a ti mismo» (γνῶθι σεαυτόν), inscrita en piedra sobre la entrada del templo. La autorreflexión del ser humano ya está en el centro del cuestionamiento crítico y del pensamiento. En este contexto deberían integrarse contribuciones relevantes de mujeres griegas a la Historia de la filosofía, pues el género no debe ser un criterio de exclusión para poder participar en el pensamiento filosófico, como fue a menudo el caso en el pasado. En la tradición antigua en Occidente, como ya se conoce, la